



El espectro de Versalles

La conferencia que puso fin a la Primera Guerra Mundial fue seguida en Estados Unidos por un giro aislacionista que tiene su paralelo en la actualidad

Barry Eichengreen

Primer Ministro francés Georges Clemenceau, Presidente de Estados Unidos Woodrow Wilson y Primer Ministro británico David Lloyd George, después de la firma del Tratado de Versalles, al finalizar la Primera Guerra Mundial.



FOTOS: GETTY IMAGES / HILTON-DEUTSCH COLLECTION; ISTOCK / MAALJA

Hace un siglo, el 29 de junio de 1919, se firmó el Tratado de Versalles, que marcó oficialmente el fin de la Primera Guerra Mundial. Este centenario no es motivo de celebración dado el rotundo fracaso del objetivo del Tratado. No selló una paz duradera. No abrió las puertas a una era de prosperidad en Europa o en el mundo. No creó un marco institucional eficaz que rijan las relaciones económicas y políticas.

En realidad, el fracaso fue tan absoluto que el enfoque cambió totalmente después de la Segunda Guerra Mundial, con un liderazgo más enérgico por parte de Estados Unidos y la construcción de instituciones incluyentes en Europa y el mundo. En el tercer cuarto del siglo XX, el resultado fue un crecimiento económico sin precedentes en los países industrializados.

Pero los recuerdos se desvanecen y no es exagerado decir que estamos repitiendo los errores de Versalles. En ese momento, Estados Unidos participó de las negociaciones del Tratado, pero en gran medida se lavó las manos a la hora de los resultados. Se rehusó a ingresar en la Sociedad de Naciones. No participó activamente en la Conferencia de Génova de 1922, la cual buscaba fortalecer el sistema monetario y financiero internacional. No respaldó las iniciativas de la Sociedad para negociar una tregua arancelaria y, en 1923 y 1930, de manera provocadora, aumentó los derechos de importación. No condonó las deudas de sus aliados europeos durante la guerra, lo cual agravó las dificultades del trabajo de reparación de Alemania.

Alejarse de los enredos

Este giro aislacionista ratificaba una corriente aislacionista de larga data en el pensamiento político estadounidense que se remonta al influyente folleto de Thomas Paine, *Sentido común*, publicado en 1776, en el que se presentaban argumentos en contra de alianzas conflictivas. Los más de 3.200 kilómetros de océano que separan a Estados Unidos de Europa hicieron creer a sus líderes que era posible no enredarse en los asuntos de ese continente. Estados Unidos ingresó a la Primera Guerra Mundial solo después de que los ataques de submarinos alemanes contra embarcaciones estadounidenses tornaron insostenible la política de neutralidad establecida. Después de la guerra, el país le dio la espalda a estos conflictos, no solo con el establecimiento de nuevos aranceles, sino también con la adopción de leyes inmigratorias restrictivas.

El paralelismo con las actuales políticas arancelarias e inmigratorias aislacionistas de Estados Unidos es indudable.

Este paralelismo se extiende también a los factores que alimentan las tendencias aislacionistas del país. La década de 1920, al igual que los comienzos del siglo XXI, fue un

período de rápido cambio económico, en el que a las personas que se sentían rezagadas les resultaba tentador culpar a los extranjeros y exhortar a que se aplicaran aranceles. En la década de 1920 esto afectaba a agricultores estadounidenses, productores cerealeros en particular, que sufrieron por el aumento de la superficie cultivada en Argentina, Canadá y otros países. El arancel Smoot-Hawley de 1930 fue concebido inicialmente como una medida para proteger a los agricultores estadounidenses de las importaciones baratas. La realidad era que el tractor, no la competencia de las importaciones, era la razón principal de los bajos precios percibidos por los productores agrícolas de Estados Unidos. Pero era más fácil culpar a los extranjeros que dar marcha atrás al avance tecnológico.

En la actualidad, la fuente de preocupación es la caída del empleo en el sector manufacturero, más que en el sector agrícola, y el responsable es la robótica y no ya el equipamiento agrícola motorizado. Pero la reacción política no difiere.

Cupos inmigratorios

Al igual que hoy, en aquel entonces uno de los hilos de la corriente aislacionista también era la política de la identidad. A los primeros inmigrantes provenientes de las Islas Británicas y de Escandinavia, con frecuencia protestantes, les inquietaba la inmigración de países de Europa oriental y meridional, cuyas poblaciones eran mayormente católicas. El juicio sensacionalista, en 1921, y la condena por homicidio de Nicola Sacco y Bartolomeo Vanzetti, dos anarquistas nacidos en Italia, simbolizaron esta sospecha sobre los nuevos inmigrantes. Lo que resulta más revelador, es que la Ley de Inmigración de 1924 basara los cupos inmigratorios, no en la proporción de población en ese momento, sino en la proporción de varios grupos de inmigrantes en 1890, mucho antes de esta nueva ola de inmigración. La hostilidad hacia los inmigrantes de tez más oscura que hablaban un idioma diferente y profesaban un culto distinto fue exacerbada por momentos económicos difíciles, en especial en el período de la repatriación mexicana entre 1929 y 1936, cuando se deportaron a 2 millones de mexicanos y estadounidenses de origen mexicano.

De este modo, las tendencias aislacionistas en la sociedad política estadounidense están siempre presentes, pero son más impactantes cuando están exacerbadas por una combinación de perturbaciones económicas y problemas de identidad, es decir en la década de 1920 y en la actualidad.

El otro error fundamental en Versalles fue negar a las potencias en ascenso un lugar en la mesa de negociaciones. Alemania fue excluida de la Sociedad de Naciones hasta 1926. Sus fuerzas militares sufrieron restricciones indefinidas. Su autonomía económica estaba limitada, principalmente porque se le prohibió formar una unión



Los delegados se reúnen en la sesión inaugural de la Conferencia de Paz de París en 1919.

No es exagerado decir que estamos repitiendo los errores de Versalles.

aduanera con Austria. Estas imposiciones avivaron el nacionalismo destructivo que finalmente resultó en el colapso de la República de Weimar.

Una paz por separado

En 1918, una Rusia debilitada había negociado por separado la paz con Alemania. Si bien los representantes del consejo provisional ruso antibolchevique asistieron a las negociaciones de Versalles, se excluyó a los bolcheviques. De ahí que, cuando nació la Unión Soviética en 1922, esta no se encontraba en posición alguna de participar en la reconstrucción del sistema internacional. En 1934, el nuevo Estado soviético finalmente ingresó a la Sociedad de Naciones en forma temporal. Sin embargo, para entonces, en la práctica se mantuvo a la URSS alejada de los acuerdos económicos y financieros de Occidente, lo cual creó las condiciones para que se produjera una bifurcación de la economía mundial, y en el mundo, entre el bloque soviético y el occidental.

Hoy en día China busca activamente forjarse una posición en la escena mundial. La pregunta es si ejercerá su

influencia a través de las instituciones multilaterales, como el Fondo Monetario Internacional y el Banco Mundial, o a través de vehículos que China misma diseñe para proyectar su influencia económica y política a nivel mundial, como el Banco Asiático de Inversión en Infraestructura y la Iniciativa del Cinturón y Ruta de la Seda. Si invierte y ofrece asistencia a través del FMI y el Banco Mundial, estará sujeta a las limitaciones institucionales en vigor y su influencia estará contrarrestada por otros miembros. Si no lo hace, tendrá más libertad para hacer lo que desee. La renuencia de Estados Unidos y otros países a dar a China más voz en las instituciones de Bretton Woods agudiza este último peligro.

El fracaso del Tratado de Versalles es un recordatorio de lo indispensable que es el liderazgo de la potencia dominante para construir y mantener alianzas e instituciones estabilizadoras. Nos recuerda la necesidad de incorporar a las potencias emergentes en forma constructiva en esos acuerdos. Estas son las lecciones que Estados Unidos parece haber olvidado por el momento. Pero los giros aislacionistas no son nuevos en la política de Estados Unidos. El interrogante es si este olvido será temporal o persistente. **FD**

BARRY EICHENGREEN es profesor de Economía y Ciencia Política de la Universidad de California, en Berkeley. Es autor, más recientemente, de *The Populist Temptation: Economic Grievance and Political Reaction in the Modern Era*.